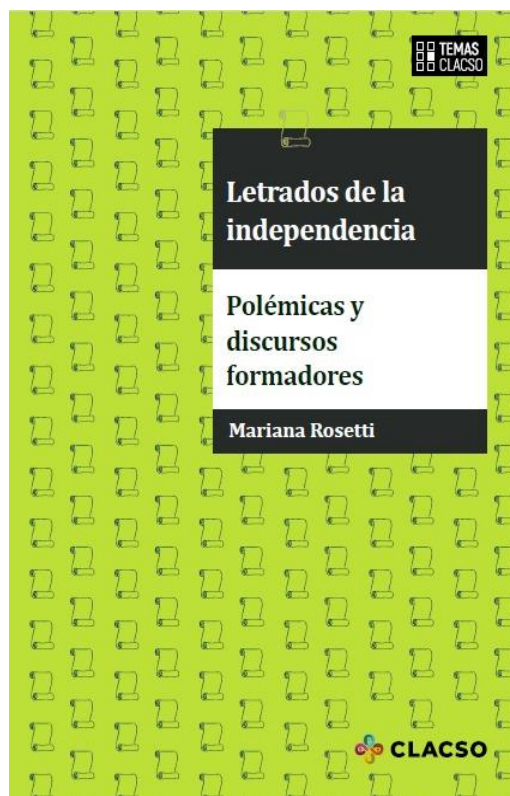


Mariana Rosetti (2023)

*Letrados de la independencia.
Polémicas y discursos
formadores*

Buenos Aires, CLACSO, 323 pp.

Wilson González Demuro¹
Universidad de la República
Uruguay



El presente libro, adaptación de la tesis defendida por Mariana Rosetti para obtener su título de Doctora en Letras, constituye un aporte muy significativo al conocimiento de los debates públicos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y también al diálogo entre dos campos no siempre bien avenidos, el literario y el historiográfico. Es la culminación de un prolongado interés por la historia literaria e intelectual hispanoamericana de ese período, con particular atención al espacio novohispano. Su objeto de atención primordial — aunque no exclusiva— son dos figuras centrales del México colonial tardío: fray Servando Teresa de Mier y José Fernández de Lizardi. Las trayectorias diversas pero también convergentes de ambos individuos permiten abordar, según la

¹ **Wilson González Demuro** es Profesor de Historia (Instituto de Profesores «Artigas»), Magíster en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense y doctorando en Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. En esta misma institución es Profesor Agregado en Régimen de Dedicación Total en el Departamento de Historia Americana y docente de grado y posgrado. Es autor de múltiples artículos en revistas académicas, de capítulos de libros y del libro *La prensa de Montevideo, 1814-1825. Imprentas, periódicos y debates públicos en tiempos de revolución*, Montevideo, CSIC-Universidad de la República, 2018.

autora, «*las interrelaciones retóricas, genéricas y culturales entre las producciones y propuestas realizadas en el período independentista*», etapa que dio lugar a «*nuevos acercamientos y apropiaciones de los discursos pedagógicos y públicos por parte de los letrados criollos*». Esta forma de analizar histórica e historiográficamente la poliédrica figura del letrado aporta elementos cuya validez excede el ámbito mexicano y convierten a *Letrados de la independencia...* en un libro de historia propiamente americana. Estamos ante una documentada y sobre todo innovadora reflexión sobre los lazos entre la nueva cultura hispanoamericana dieciochesca, las singularidades del grupo de intelectuales que le dio vida y las claves de su participación en la forja de nuevas comunidades políticas. Identifica al grupo de *letrados criollos críticos* como sector ubicado a medio andar entre el más tradicional letrado colonial, de perfil burocrático y urbano, y el publicista empeñoso y confrontativo que ganó terreno con la crisis terminal del régimen monárquico en América.

El texto se organiza en nueve partes: un prólogo breve a cargo de Elías Palti (historiador clave en la formación de la investigadora y en la preparación de su tesis), cinco capítulos más otro de conclusiones, un posfacio también breve, redactado por Iván Escamilla y una extensa bibliografía final. Palti contextualiza los temas de la obra: instalada la decadencia del régimen monárquico, los letrados formados en universidades coloniales se veían enfrentados a dilemas propios y colectivos ante los que se sentían impelidos a dar respuestas de difícil elaboración. Por diferentes caminos, Mier y Lizardi aportaron tanto a la construcción de una esfera pública heterogénea y con aspiraciones de amplitud, como a la construcción del discurso patriótico y crítico. No lo hicieron como intelectuales “promedio”, sino como hombres que en su excepcionalidad definieron el perfil del grupo.

El capítulo 1 trata de la forma en que se delimitó el tema y los autores, obras y categorías de análisis con las que se discute en términos propositivos. Presenta los dos personajes centrales y distintos abordajes historiográficos sobre la “cuestión letrada” (Halperin, Palti, Ángel Rama, Benedict Anderson, Rafael Rojas, María Palazón Mayoral, Liliana Weinberg, entre otros). Fija, además, el rumbo a seguir: examinar dos experiencias vitales «*desde una perspectiva interdisciplinaria donde confluyen la literatura con la historia política, la*

historia cultural y la historia conceptual». Con esta mixtura de metodologías y abordajes teóricos como herramienta, se detectan y se rebaten varios “sentidos comunes” ya poco sostenibles pero aún arraigados en la historiografía y la literatura sobre la emancipación. Uno de ellos es el que Rosetti denomina «*sintagma estático de la ‘imaginación colonizada’*», alusión a la creencia de que a finales del período colonial era improbable la existencia de un pensamiento americano autónomo. En este punto tiene especial interés la relectura crítica de la noción de “ciudad letrada” acuñada por Rama. El capítulo también delimita otro asunto central del libro: el de los *discursos formadores*, o —en palabras de la autora— «*las expresiones públicas de carácter pedagógico-moral vehiculizadas por los letrados criollos a través de la opinión pública*». Estas expresiones abarcaron varias «*tramas*» específicas pero imbricadas: «*periodística, religiosa, literaria, histórica y política*».

El capítulo 2 se concentra en el estudio de la “tradición guadalupana”, con Mier como protagonista principal. La que ha sido hasta el presente una de las claves del andamiaje de tradiciones mexicanas, es para Rosetti «*el bastión de lucha del heterogéneo sector criollo que la ha considerado emblema y escudo frente a las problemáticas políticas y económicas implementadas por la Corona española para con los americanos*». Debido a ello fue abrazada por independentistas radicales y conservadores, pero el libro se concentra en mostrar cómo al fraile nacido en Monterrey se interesó menos por la cuestión escatológica que por el componente identitario y autonómico de dicho fenómeno político-cultural. El escrito más espectacular producido por Mier en torno a esta cuestión —su famoso sermón de diciembre de 1794, por el que fue acusado de blasfemia, excomulgado, puesto en prisión y luego desterrado— aparece aquí como pieza fundamental del amplio movimiento que dio origen al conjunto de piezas documentales, prácticas y tradiciones que se conocen como *museo guadalupano*.

La prensa periódica y los géneros discursivos y literarios que a su través se desarrollaron en el tránsito entre dos siglos, son temas destacados del tercer capítulo. Es también un momento en el que Fernández de Lizardi adquiere mayor relieve en la narración. La prensa y las imprentas estimularon la «*apertura y [la] politización de la palabra pública*», puntualiza la autora, en «*letrados que tuvieron la oportunidad de pensarse como publicistas*» y luego devinieron

patriotas. Rosetti examina varios procesos de escritura y divulgación que tuvieron implicancias políticas, literarias y léxicas. La mayor atención se dirige hacia tres articulaciones: el género epistolar en cuanto vehículo estratégico del “decir” letrado; la génesis y administración de la opinión pública en crecimiento, y el rol decisivo de la prensa, ejemplificado en la polémica entre Mier y el publicista liberal español José María Blanco (“Blanco White”), o entre Lizardi y el periodista Juan María Lacunza. Dentro del cúmulo de fuentes citadas, destaca un folleto publicado por Lizardi con el título *Quien llama al toro sufra la cornada*, que la autora describe como un verdadero «*manual de instrucciones*» para «*el buen poeta, la crítica y el letrado criollo*» a finales del período colonial.

El cuarto capítulo trata el problema de la recepción del discurso letrado. Uno de los textos analizados a tal efecto es la *Historia de la revolución de la Nueva España*, publicada por Mier en 1813. Esta obra, dirigida al público inglés —de quien el religioso esperaba apoyo para sus actividades políticas—, da cuenta del esfuerzo por acopiar y organizar variada documentación con el propósito de cuestionar la idea de que el reclamo de los americanos llevaba implícita la ruptura con la monarquía. A propósito de receptores, Rosetti trabaja con dos tipos de lector imaginados por Mier, el *salvaje* y el *sensato*, relacionados respectivamente con la lectura de prensa y de textos históricos. Sin embargo, subraya que esa distinción no fue más que «*una máscara estratégica de enunciación*» usada por el fraile; la *Historia de la revolución...* se nutrió, al fin y al cabo, de muchos materiales periodísticos. Esa narrativa histórica funcionó, además, como un «*laboratorio de experimentación*» cuyo acento en la denuncia la acercó «*a una retórica del desagravio criollo frente a las injusticias burocráticas vividas con el correr de los años coloniales*».

El quinto capítulo se ocupa de otra faceta del grupo de intelectuales coloniales: la de los “letrados en viaje” (forzado o no) que se apropiaron de tradiciones narrativas europeas para reformularlas en función de sus intereses y posibilidades. Rosetti se detiene en el caso de Mier y otro letrado ilustre, Simón Rodríguez, ambos desterrados en Francia y ejerciendo como traductores de *Atala*, novela de Chateaubriand sobre el viaje de un joven francés que busca refugio en América. La opción por esa obra viabilizaba la reflexión sobre temas básicos del debate que sostenían ilustrados europeos y americanos en torno al

problema del “atraso americano” y las posibilidades de superar la dicotomía salvaje/civilizado. Esta aproximación al campo de las traducciones profundiza en dos categorías, «desplazamientos» y «ventriloquía cultural», ambas referidas a los fenómenos de imitación creativa y “traición” del texto traducido como acciones opuestas a la mera copia del original. El capítulo también dedica varias páginas a la praxis periodístico-satírica de Lizardi, un escritor camaleónico (novelista, poeta, panfletista, periodista) del que se rescatan no solo su interés en la moralidad y el didactismo político-social, sino también su veta satírica y su apelación a la picaresca como denuncia del desfase entre viejos y nuevos valores. En obras como *El Periquillo Sarniento* (1816) y *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* (1832) encontramos criollos que en su afán de ascender socialmente según los esquemas del Antiguo Régimen, chocan contra dos obstáculos: la oquedad de los sectores altos y el peligro de tomar atajos.

Es oportuno finalizar esta reseña con la última oración del posfacio de Escamilla: «*por fortuna y gracias a libros como el que el lector tiene entre manos, el letrado, el hombre de saber, el erudito americano, ha vuelto en buena medida a ser un desconocido aguardando a ser descubierto bajo una nueva luz que, lo digo con cierto atrevimiento, creo que solo podrá venir de miradas que, sin importar su origen, estén dispuestas a enraizarse en este Nuevo Mundo.*” El pasaje citado es algo extenso pero condensa acertadamente el conjunto de sensaciones, inquietudes e invitaciones al diálogo que permanecen luego de completar el viaje histórico, literario, intelectual y periodístico que nos propone este recomendable libro. ◇